

en portada

Abrazadas al islam



LA RELIGIÓN MUSULMANA CONQUISTA ADEPTOS EN TODA EUROPA. CUATRO JÓVENES CATALANAS EN BUSCA DE UNA ESPIRITUALIDAD PERDIDA EXPLICAN SU CONVERSIÓN.

MARTA PARREÑO
BARCELONA

Son las 6.25 de la mañana y aún no ha salido el sol. Laura se levanta. En el comedor extiende su alfombra de rezos mirando hacia la Meca, o sea, hacia la esquina que queda entre el sofá y el cuarto de los trastos. Descalza, primero de pie y luego arrodillada, pronuncia algunos versículos en árabe durante varios minutos y, al acabar, se vuelve a la cama. Es el primer rezo del día, el *fiy*.

Hace cuatro meses que Laura, una barcelonesa de 26 años, se convirtió al islam. Hace cuatro meses que acudió al centro islámico de su barrio, en la avenida de la Meridiana, y, ante dos testigos, pronunció tres veces el juramento que la convertiría en una mujer musulmana: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta; No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta; No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta». Hace cuatro meses dejó de comer cerdo, se cubrió la cabeza con un velo y empezó a rezar cinco veces al día, según el Sol.

Agradar a Dios

Su marido es palestino. Trabajaban juntos. «Éramos amigos. Yo le preguntaba por su país, me interesaba por su manera de vivir, por sus costumbres. Me empecé a interesar por el islam y, al leer el Corán, vi cosas muy lógicas que nunca me había planteado antes y que me llegaron mucho. Antes llevaba una vida vacía, solo me preocupaba lo material y ahora he aprendido a valorar lo que realmente importa».

Atia vive en Gavà con su marido.



►► La oración ► Laura, sobre la alfombra de rezos, leyendo el Corán.

MARTA PARREÑO

paquistaní, y con su hijo de tres meses. Sale a la puerta con el velo pero al entrar se lo quita y lo deja colgado junto al abrigo. Su casa es austera, muy clara, acogedora. Como en la de Laura, un papel con los horarios de los rezos y un calendario musulmán, que se rige por la Luna, cuelgan de una puerta. Ha preparado dulces típicos de Pakistán, una especie de bolitas hechas con canela, leche en polvo y agua de azahar. *Gulab jaman* se llaman.

«Antes estaba perdida, hacía cosas que no me llenaban, muchas por agradar a otras personas. Ahora sé a quién tengo que agradar. Ahora soy feliz y entiendo lo que

Trastornar la decisión, Laura se puso el velo y empezó a rezar cinco veces al día

Alá quiere que entienda», dice. Ella tiene 31 años, trabaja en un centro de formación ocupacional y se convirtió al islam a mediados del 2005.

Sara llega corriendo. El metro se ha retrasado. Un pañuelo azul cielo le cubre la cabeza, las orejas y el cuello. Solo se le ve la cara. Lleva gafas y tiene la piel muy blanca, es muy diferente a las mujeres árabes que pasean por la calle cubiertas con el *hiyab* (velo). Entra en el bar y pide un café con leche. Tiene 24 años y hace tres meses que pronunció el doble juramento ante dos testigos. «Hace un tiempo pensé: ¿qué tendrá el islam para que tantas personas lo practiquen? Leí el Corán porque

quería entender a la gente con la que trabajaba y al hacerlo me di cuenta de que creía en lo que decía y de que para mí era la verdad».

Sara es educadora social, estudiante avanzada de árabe y gran conocedora de los textos sagrados. Su novio, como el marido de Laura y el de Atia, también es musulmán. Pero ella recalca que es un error creer que una mujer que se convierte lo hace por su pareja.

Ndeye tiene 34 años y conoció el islam de cerca en 1993, en un viaje que hizo a Senegal como cooperante. Allí, más del 90% de la población es musulmana. «Lo que me motivó fue algo realmente espiritual: un día vi a dos musulmanes rezando delante de mí y sentí una gran paz y sosiego. Entonces supe que era musulmana, aunque haría pública mi profesión de fe mucho más tarde, en 1998», dice. Ndeye está casada con un senegalés y tiene dos hijas. Actualmente vive en Francia y es la vicepresidenta de la Junta Islámica Catalana. Dice que no se ha convertido, sino que simplemente ha vuelto a su estado natural: «En realidad no nos convertimos, sino que volvemos a ser lo que siempre fuimos».

A contracorriente

Parece que fueran a contracorriente del mundo occidental. Su obediencia y sumisión a Alá se ha convertido en una manera de ser que las diferencia del resto de las catalanas. Laura, Sara, Elena y Natalia son ahora Nur, Ikram, Atia y Ndeye, cuatro mujeres que creen en un dios único, en sus ángeles, en sus libros y en sus mensajeros. Creen en el destino y en el decreto divino, en el día de la resurrección y en el del juicio final. En el cielo y en el infierno.

«Normalmente tienen una pareja